

jetas á sus maridos, las cuales ni traigan por defuera descubiertos los cabellos, ni se cerquen de oro, ni se adornen con aderezo de vestiduras precioso; sino su aderezo sea en el hombre interior, que está en el corazón escondido, la entereza, y el espíritu quieto y modesto, el cual es de precio en los ojos de Dios: que de esta manera en otro tiempo se aderezaban aquellas santas mujeres.» Y San Pablo escribe semejantemente (I. ad Timoth., c. II, v. 9): «Las mujeres se vistan decentemente, y su aderezo sea modesto y templado, sin cabellos encrespados, y sin oro, y perlas, y sin vestiduras preciosas, sino cual conviene á las mujeres que han profesado virtud y buenas obras.» Este pues sea su verdadero aderezo, y para lo que toca á la cara hagan, como hacía alguna señora de este reino. Tiendan las manos, y reciban en ellas el agua sacada de la tinaja, que con el aguamanil su sirviente les echare, y llévenla al rostro, y tomen parte de ella en la boca, y laven las encías, y tornen los dedos por los ojos, y llévenlos por los oídos, y detrás de los oídos también, y hasta que todo el rostro quede limpio no cesen; y después dejando el agua, límpiense con un paño áspero, y queden así más hermosas que el sol. Añade:

## §. XIII.

La buena mujer ha de ser dicha, gloria, feliz, suerte y bendición de su marido.

*Señalado en las puertas su marido, cuando se asentare con los gobernadores del pueblo.*

En las puertas de la ciudad eran antiguamente las plazas, y en las plazas estaban los tribunales y asientos de los jueces, y de los que se juntaban para consultar sobre el buen gobierno y regimiento del pueblo. Pues dice, que en las plazas y lugares públicos, y á donde quiera que se hiciese junta de hombres principales, el hombre, cuya mujer fuere cual es la que aquí se dice, será por ella conocido, y señalado, y preciado entre todos. Y dice esto Salomón, ó en Salomón el Espíritu santo, no sólo para mostrar cuánto vale la virtud de la

buena, pues da honra á sí, y ennoblece á su marido; sino para enseñarle en esta virtud de la perfecta casada, de que vamos hablando, que es lo sumo de ella, y la raya hasta donde ha de llegar, que es el ser corona, y luz, y bendición, y alteza de su marido. Pues es así, que todos conocen, y acatan, y reverencian, y tienen por dichoso y bienaventurado al que le ha cabido esta buena suerte. Lo uno, por haberle cabido: porque no hay joya, ni posesión tan preciosa, ni envidiada como la buena mujer. Y lo otro, por haber merecido que le cupiese: porque así como este bien es precioso, y raro, y don propiamente dado de Dios; así no le alcanzan de Dios, sino los que temiéndole, y sirviéndole, se lo merecen, con señalada virtud. Así lo testifica el mismo Dios en el Eclesiástico (Eccli., c. XXVI, v. 3). *Suerte buena es la mujer buena, y es parte de buen premio de los que sirven á Dios, y será dada al hombre por sus buenas obras.* De arte que el que tiene buena mujer, es estimado por dichoso en tenerla, y por virtuoso en haberla merecido tener. De donde se entiende, que el carecer de este bien, en muchos es por su culpa de ellos. Porque á la verdad, el hombre vicioso y distraído, y de aviesa y revesada condición, que juega su hacienda, y es un león en su casa, y sigue á rienda suelta la deshonestidad, no espere, ni quiera tener buena mujer: porque ni la merece, ni Dios la quiere á ella tan mal, que la quiera juntar á compañía tan mala: y porque él mismo con su mal ejemplo, y vida desvariada la extraiga y corrompe. Pero torna Salomón á lo casero de la mujer, y dice:

## §. XIV.

La industria y cuidado de la buena casada han de llegar, no sólo á lo que basta en su casa, sino aun á lo que sobra.

*Lienzo tejó, y vendiólo, franjas dió al cananeo.*

Cananeo llama al mercader, y al que decimos casero, porque los de aquella nación ordinariamente trataban de esto, como si dijésemos agora, al portugués. Y va siempre añadiendo una virtud á otra virtud, y lleva poco á poco á la mayor perfección esta pintura que hace, y quiere que la indus-

tria y cuidado de la buena casada llegue, no sólo á lo que basta en su casa, sino aún á lo que sobra: y que las sobras las venda, y las convierta en riqueza suya, y en arreo y provisión ajena. Y baste lo que ya acerca de esto arriba tenemos dicho.

## §. XV.

De la templanza y medio que ha de observar la perfecta mujer en su condición y trato.

*Fortaleza, y buena gracia, su vestido, reirá hasta el dia postrero.*

Aunque esta buena casada ha de ser para mucho, que es lo que aquí Salomón llama fortaleza, no por eso tiene licencia para ser desabrida en la condición, y en su manera, y trato desagraciada; sino como el vestido ciñe y rodea todo el cuerpo, así ella toda, y por todas partes ha de andar cercada, y como vestida de un valor agraciado, y de una gracia valerosa. Quiero decir; que ni la diligencia, ni la vela, ni la asistencia á las cosas de su casa la ha de hacer áspera y terrible: ni menos la buena gracia, y la apacible habla y semblante ha de ser muelle, ni desatado. Sino que templando con lo uno lo otro, conserve el medio en ambas á dos cosas, y haga de entrambas una agradable y excelente mezcla. Y no ha de conservar por un dia, ó por un breve espacio aqueste tenor, sino por toda la vida, hasta el dia postrero de ella. Lo cual es propio de todas las cosas, que ó son virtud, ó tienen raíces en la virtud, ser perseverantes, y casi perpetuas, y en esto se diferencian de las no tales: que estas como nacen de antojo, duran por antojo; pero aquellas, como se fundan en firme razón, permanecen por luengos tiempos. Y los que han visto alguna mujer de las que se allegan á esta que aquí se dice, podrán haber experimentado lo uno y lo otro. Lo uno, que á todo tiempo, y á toda sazón se halla en ella dulce y agradable acogida: lo otro, que esta gracia y dulzura suya no es gracia que desata el corazón del que la ve, ni le enmollece, antes le pone concierto, y le es como una ley de virtud, y así le de-

leita y aficiona, que juntamente le limpia y purifica: y borrando de él las tristezas, lava las torpezas también: y es gracia, que aun la engendra en los miradores. Y la fuerza de ella, y aquello en que propiamente consiste, lo declara más enteramente lo que se sigue:

## §. XVI.

Cuánto importa que las mujeres no hablen mucho y que sean apacibles y de condición suave.

*Su boca abrió en sabiduría, y ley de piedad en su lengua.*

Dos cosas hacen y componen este bien, de que vamos hablando, razón discreta, y habla dulce. Lo primero llama sabiduría, y piedad lo segundo, ó por mejor decir, blandura. Pues entre todas las virtudes sobredichas, ó para decir verdad, sobre todas ellas, la buena mujer se ha de esmerar en ésta, que es ser sabia en su razón, y apacible, y dulce en su hablar. Y podemos decir, que con esto lucirá, y tendrá como vida todo lo demás de virtud, que se pone en esta mujer, y que sin ello quedará todo lo otro como muerto y perdido. Porque una mujer necia y parlera, como lo son de continuo las necias, por más bienes otros que tenga, es intolerable negocio. Y ni más ni menos la que es brava, y de dura y áspera conversación, ni se puede ver, ni sufrir. Y así podemos decir, que todo lo sobredicho hace como el cuerpo de esta virtud de la casada que dibujamos; mas esto de agora es como el alma, y es la perfección, y el remate, y la flor de todo este bien. Y cuanto toca á lo primero, que es cordura, y discreción, y sabiduría, como aquí se dice, la que de suyo no la tuviere, ó no se la hubiere dado el don de Dios, con dificultad le persuadirémos á que le falta, y á que le busque. Porque lo más propio de la necedad es no conocerse y tenerse por sabia. Y ya que la persuadamos, será mayor dificultad ponerla en el buen saber, porque es cosa que se aprende mal cuando no se aprende en la leche. Y el mejor consejo que le podemos dar á las tales, es rogarles que callen, y que ya que son poco sabias, se esfuercen á ser mucho calladas. Que como dice el Sabio (Prov., c. xxvii,

v. 28): *Si calla el necio, á las veces será tenido por sabio y cuerdo.* Y podrá ser así, que callando y oyendo, y pensando primero consigo lo que hubieren de hablar, acierten á hablar lo que merezca ser oído. Así que de este mal ésta es la medicina más cierta, aunque ni es bastante medicina, ni fácil. Mas como quiera que sea, es justo que se precien de callar todas, así aquellas á quien les conviene encubrir su poco saber, como aquellas que pueden sin vergüenza descubrir lo que saben: porque en todas es no sólo condición agradable, sino virtud debida, el silencio, y el hablar poco. Y el abrir su boca en sabiduría, que el Sabio aquí dice, es no la abrir, sino cuando la necesidad lo pide, que es lo mismo que abrirla templadamente, y pocas veces, porque son pocas las que lo pide la necesidad. Porque así como la naturaleza, como dijimos, y diremos, hizo á las mujeres para que encerradas guardasen la casa; así las obligó á que cerrasen la boca. Y como las desobligó de los negocios y contrataciones de fuera, así las libertó de lo que se consigue á la contratación, que son las muchas pláticas y palabras. Porque el hablar nace del entender, y las palabras no son sino como imágenes, ó señales de lo que el ánimo concibe en sí mismo. Por donde así como á la mujer buena y honesta, la naturaleza no la hizo para el estudio de las ciencias, ni para los negocios de dificultades, sino para un solo oficio simple y doméstico; así les limitó el entender, y por consiguiente les tasó las palabras y las razones. Y así como es esto lo que su natural de la mujer, y su oficio le pide, así por la misma causa es una de las cosas que más bien le está, y que mejor le parece. Y así solía decir Demócrito (1), que el aderezo de la mujer y su hermosura era el hablar escaso y limitado. Porque como en el rostro la hermosura de él consiste en que se respondan entre sí las facciones; así la hermosura de la vida, no es otra cosa, sino el obrar cada uno conforme á lo que su naturaleza y oficio le pide. El estado de la mujer en comparación del marido es estado humilde: y es como dote natural de las mujeres la mesura, y vergüenza: y ninguna cosa hay que se compadezca menos, ó que desdiga más de lo humilde, y vergonzoso, que

(1) Apud Stobæum, serm. LXIX.

lo hablador y lo parlero. Cuenta Plutarco (1), que Phidias, escultor noble, hizo á los elienses una imagen de Venus, que afirmaba los piés sobre una tortuga, que es animal mudo, y que nunca desampara su concha. Dando á entender, que las mujeres por la misma manera han de guardar siempre la casa y el silencio. Porque verdaderamente el saber callar es su sabiduría propia, y aquella de quien habla aquí Salomón; aunque para aprendida, es muy dificultosa á aquellas que de su cosecha no la tienen, como decíamos. Y esto cuanto á lo primero. Mas lo segundo, que toca á la aspereza y desgracia de la condición, que por la mayor parte nace más de voluntad viciosa, que de naturaleza errada, es enfermedad más curable. Y deben advertir mucho en ello las buenas mujeres. Porque si bien se mira, no sé yo si hay cosa más monstruosa y que más disuene de lo que es, que ser una mujer áspera y brava. La aspereza hizose para el linaje de los leones, ó de los tigres; y aun los varones por su compostura natural, y por el peso de los negocios, en que de ordinario se ocupan, tienen licencia para ser algo ásperos. Y el sobrecejo, y el ceño, y la esquivez en ellos está bien á las veces; mas la mujer si es leona, ¿qué le queda de mujer? Mire su hechura toda, y verá que nació para piedad. Y como á las onzas las uñas agudas, y los dientes largos, y la boca fiera, y los ojos sangrientos, las convidan á crueza; así á ella la figura apacible de toda su disposición la obliga á que no sea el ánimo menos mesurado, que el cuerpo parece blando. Y no piensen que las crió Dios y las dió al hombre sólo para que le guarden la casa, sino también para que le consuelen y alegren. Para que en ella el marido cansado y enojado halle descanso, y los hijos amor, y la familia piedad, y todos generalmente acogimiento agradable. Bien las llama el hebreo á las mujeres, *la gracia de casa*. Y llámalas así en su lengua con una palabra, que en castellano, ni con decir gracia, ni con otras muchas palabras de buena significación, apenas comprendemos todo lo que en aquella se dice. Porque dice aseo, y dice hermosura, y dice donaire, y dice luz, y deleite, y concierto y contento, el vocablo con que el hebreo las llama. Por donde enten-

(1) Lib. de Præceptis conjugalibus.

demos, que de la buena mujer es tener estas cualidades todas: y entendemos también, que la que no va por aquí, no debe ser llamada ni la gracia, ni la luz, ni el placer de su casa; sino el trasto de ella, y el estropiezo, ó por darles su nombre verdadero, el trasgo, y la estantigua, que á todos los turba y asombra. Y sucede así, que como á las casas, que son por esta causa asombradas, después de haberlas conjurado, al fin los que las viven las dejan; así la habitación donde reinan en figura de mujer estas fieras, el marido teme entrar en ella, y la familia desea salir de ella, y todos la aborrecen, y lo más presto que pueden, la santiguan, y huyen. Qué dice el Sabio (Eccli., c. xxvi, v. 9)? *El azote de la lengua de la mujer brava por todos se extiende; enojo fiero la mujer airada, y borracha, es su afrenta perpetua.* Conocí yo una mujer, que cuando comía reñía, y cuando venía la noche reñía también, y el sol cuando nacía la hallaba riñendo, y estó hacia el día santo, y el día no santo, y la semana, y el mes, y por todo el año, no era otro su oficio sino reñir. Siempre se oía el grito, y la voz áspera, y la palabra afrentosa, y el deshonorar sin freno; y ya sonaba el azote, y ya volaba el chapín, y nunca la oí, que no me acordase de aquello que dice el poeta (1),

Tesiphone ceñida de crueza,  
la entrada sin dormir de noche y día  
ocupa: suena el grito, la braveza,  
el lloro, el crudo azote, la porfia.

Y así era su casa una imágen del infierno en esto, con ser en lo demás un paraíso: porque las personas de ella eran no para mover á braveza, sino para dar contento y descanso á quien lo mirara bien. Por donde cargando yo el juicio algunas veces en ello, me resolví en que de todo aquel vocear y reñir, no se podía dar causa alguna que colorada fuese, sino era, querer digerir con aquel ejercicio las cenas, en las cuales de ordinario esta señora excedía. Y es así que en estas bravas, si se apuran bien todas las causas de esta su desenfrenada y continúa cólera, todas ellas son razones de disparate. La una, porque le parece, que cuando riñe es señora. La otra,

(1) Ovid., lib. iv. Metamorph.

porque la desgració el marido, y halo de pagar la hija, ó la esclava. La otra, porque su espejo no le mintió, ni la mostró hoy tan linda como ayer, de cuanto ve levanta alboroto. A la una embravece el vino, á la otra su no cumplido deseo, y á la otra su mala ventura. Pero pasemos más adelante. Dice:

### §. XVII.

No han de ser las buenas mujeres callejeras, visitadoras y vagabundas, sino que han de amar mucho el retiro, y se han de acostumbrar á estarse en casa.

*Rodeó todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde.*

Quiere decir, que en levantándose la mujer, ha de proveer las cosas de su casa, y poner en ellas orden, y que no ha de hacer lo que muchas de las de agora hacen: que unas en poniendo los piés en el suelo, ó antes que los pongan, estando en la cama, negocian luégo con el almuerzo, como si hubiesen pasado cavando la noche. Otras se asientan con su espejo á la obra de su pintura, y se están en ella enclavadas tres ó cuatro horas, y es pasado el medio día, y viene á comer el marido, y no hay cosa puesta en concierto. Y habla Salomón de esta diligencia aquí, no porque antes de agora no hubiese hablado de ella, sino por dejarla con el repetir más firme en la memoria, como cosa importante, y como quien conocía de las mujeres, cuán mal se hacen al cuidado, y cuán inclinadas son al regalo. Y dícelo también, porque diciéndole á la mujer, que rodee su casa, le quiere enseñar el espacio por donde ha de menear los piés la mujer, y los lugares por donde ha de andar, y como si dijésemos, el campo de su carrera, que es su casa propia, y no las calles, ni las plazas, ni las huertas, ni las casas ajenas. *Rodeó, dice, los rincones de su casa.* Para que se entienda, que su andar ha de ser en su casa, y que ha de estar presente siempre en todos los rincones de ella; y que porque ha de estar siempre allí presente, por eso no ha de andar fuera nunca; y que porque sus piés son para rodear sus rincones, entienda, que no los tiene para